

Entrega 1

Finales de pontificado: el Papa doliente, el peregrino cansado

“Tengo que visitar la tumba que suda”. Hacía meses que el cardenal de la curia estaba obsesionado de nuevo con esta idea. La había visitado el año pasado de incógnito, pero los acontecimientos en el Vaticano se están precipitando. Juan Pablo II se consume como una vela azotada por los vientos huracanados del final del milenio y las quinielas de los papables han comenzado a circular otra vez. Lógicamente, él se encuentra entre el pequeño grupo de probables sucesores del Papa polaco. Pero eso no puede explicitarse. En los ambientes eclesiásticos hay que aspirar al poder sin que se note y con la mayor humildad. El prefecto de uno de los dicasterios de la Curia y cabeza de uno de los clanes vaticanos más poderosos sabe que tiene que delegar en una persona de su total confianza la misión de examinar la tumba que suda. Elige a su asistente español, Eduardo Rovira, un valenciano que le ha dedicado veinte años de su vida y que está siempre dispuesto a hacer cualquier cosa por su cardenal.

La tumba que suda es la del Papa del año 1000, Silvestre II, enterrado en la basílica de San Juan de Letrán. Cuenta la tradición que la tumba de Gerbert d'Aurillac, el primer Papa francés, desprende una especie de sudor acuoso cada vez que se aproxima la muerte de un Papa o de alguna eminencia eclesiástica. Es más, no sólo suda, sino que los huesos que guarda en su interior bailan, provocando un ruido muy especial. En la actualidad, hay tantos cardenales ancianos y enfermos que la tumba de Silvestre II está sudando constantemente. Pero la tumba del Papa mágico suda en función de la importancia del eventual fallecimiento. Si el que va a morir es un cardenal de segundo orden, suda poco; si es un príncipe de la Iglesia con rango de diácono o de presbítero, suda mucho más. Y si el que sigue es el Papa, la tumba comienza exudando, pero termina chorreando agua.

En el siglo XI, un cronista de la ciudad de Roma, Juan el Diácono, escribía: “En esta tumba, colocada bajo el soportal, descansa el arzobispo de Reims, Gerbert, que fue llamado Silvestre cuando accedió al trono pontificio. Incluso cuando el aire es muy puro, de su sepulcro, que sin embargo no se encuentra en un lugar húmedo, brotan a menudo gotas de agua, lo que suscita la curiosidad de las gentes”.

Hoy en la Roma jubilar, los guías recuerdan que “la losa de mármol situada en el monumento dedicado a Silvestre II se denomina la piedra que suda, porque, según la creencia popular, se humedece cuando es inminente la muerte de un Papa”. Algunos no lo creen, pero nuestro cardenal sabe por experiencia que la tumba nunca falla. Era todavía un joven diplomático dispuesto a ascender y a hacer carrera, cuando tocó con sus propias manos la tumba de Silvestre II, que sudaba. A los pocos días fallecía Pablo VI. La muerte de Juan Pablo I le agarró desprevenido, pero uno de sus colaboradores le aseguró que la tumba también había sudado, que los huesos se habían movido de una forma exagerada y que, incluso, algún sacristán de la catedral confesó oír tristes lamentos ahogados por el dolor procedentes del interior de la tumba.

Su eminencia recordaba con nitidez la última vez que notó el agua en la tumba de Silvestre. Fue unos días antes de la muerte de su enemigo, el cardenal Eduardo Pironio. Fue papable en dos cónclaves y se ganó a pulso la fama de hombre honesto, inteligente y profundamente místico y espiritual. Se decía en el Vaticano que era capaz de escrutar los corazones de sus colegas y descubrir sus intenciones con sólo mirarles a los ojos. Por eso, muchos cardenales, al cruzarse con él, inclinaban la cabeza simulando respeto, pero en realidad sentían miedo a que el argentino les desnudase el alma con la mirada.

-La tumba es infalible. Está mejor informada que esos periodistas que presumen de vaticanólogos, que todos los expertos y adivinos que lanzan sus especulaciones y vaticinios en los medios de comunicación. La única que puede arrebatarle a la guadaña la fecha de su visita al líder religioso más poderoso del mundo es la tumba de Silvestre –dice nuestro cardenal, en un susurro cómplice, a su fiel siervo.

-Eminencia, ya sabe que comparto totalmente su opinión sobre las dotes adivinatorias de la tumba –responde Eduardo Rovira, orgulloso de que su Eminencia lo utilice como su más fiel aliado en la batalla sucesoria que se avecina.

-Vete todos los días, mañana y noche, a San Juan de Letrán y tenme al corriente del más leve cambio en la tumba. Pero sin que nadie te reconozca. Hay que evitar cualquier indiscreción al respecto –añade el purpurado.

-Eminencia, seré más discreto que nunca –contesta solícito el monseñor español.

Las visitas a la tumba de Silvestre II se habían interrumpido desde la llegada a la sede pontificia del polaco Juan Pablo II, de fuerte constitución, pero volvieron a reanudarse con asiduidad a partir del 13 de mayo de 1981, cuando el turco Ali Agca disparó contra el Papa en plena plaza de San Pedro. Pero la tumba permaneció seca y silenciosa, y los extraños escrutinios no dieron resultado ni siquiera cuando el Papa Wojtyla tuvo que pasar en repetidas ocasiones por el Policlínico Gemelli y someterse al bisturí del cirujano.

El Papa mago

Siempre solícito y fiel como un perro a su señor, Eduardo Rovira no sólo escrutaba asiduamente y disfrazado de turista la tumba que suda, sino que se dedicó a estudiar la figura del Papa Silvestre II.

Tras la muerte de Gregorio V (996-999), el primer Papa germano que colocó en la sede de Pedro el emperador cuando contaba con sólo veinticuatro años de edad, Otón III designó Papa a su amigo y consejero francés Gerbert d'Aurillac, un personaje insólito para la época. Como pudo llegar a Papa un pastor nacido en torno al año 930 en una aldea apartada del macizo central francés es un misterio, cuya explicación obedece tanto a la capacidad de convicción del personaje como a un cúmulo de casualidades. “Era un tipo listo, al que todo le salió bien. Los que se cruzaron en su camino acabaron seducidos por sus conocimientos”, asegura el historiador catalán Antoni Pladeval, que ha seguido durante años el rastro dejado por el personaje.

Gerbert fue, como mínimo, una persona cosmopolita. El universo cristiano fue para él una aldea global en la que se movió con suma facilidad, capaz de recorrer todos los centros de poder y del saber de su época, ya fueran Roma, Reims, Ravena, Bobbio o Ripio. Encandiló tanto al Papa Juan XIII nada más verlo, que éste lo recomendó al emperador germánico, Otón I, para que fuera el preceptor de sus hijos. Más tarde consiguió que, para distanciarse de Francia, Borrell II mandase tres embajadas sucesivas a Córdoba, cuyos expedicionarios regresaron cargados de libros. Los historiadores creen que dichos libros fueron depositados en el monasterio de Ripio, donde Gerbert pudo acceder a la ciencia árabe y a la judía.

De estos años procede su amor por la aritmética, la música, la astronomía y la geometría, lo que le llevó, con el tiempo, a introducir la numeración arábiga en el cálculo matemático y a profundizar en el estudio de la astronomía, para lo cual se valió de planisferios, hemisferios y astrolabios, que ayudó a difundir por toda la Europa cristiana. También se reveló como un fabricante experto de toda clase de artefactos, algunos de ellos musicales.

Según el cosmólogo y catedrático de Cambridge John Barrow, el descubrimiento más genial del último milenio fue la numeración árabe, debida al pontífice-científico Silvestre II. “El descubrimiento de la numeración árabe fue la mayor revolución del último milenio –dice el científico inglés-. Gerberto la aprendió en España y, de vuelta a Reims, enseñó la nueva forma de contar a generaciones de clérigos, con lo cual su influencia se extendió a toda Europa. Lleva su

nombre la tablilla calculadora que gradualmente fue reemplazando a la numeración romana. Fue una batalla épica, pero al final los números árabes vencieron, porque eran más prácticos y funcionaban mejor”.

Tanta erudición no podía pasar inadvertida, y sus enemigos no tardaron en crearle una leyenda negra, inevitable, por otra parte, en un hombre dedicado toda su vida a la astronomía y que gobernó la institución papal en el paso hacia el segundo milenio. En ese empeño por tergiversar el legado de Gerbert destacó el inglés William de Malmesbury, quien, cien años después de la muerte de aquél, le acusó de nigromante, de haber pactado con el diablo y de practicar la magia. Malmesbury le atribuyó también la posesión de una cabeza parlante, un enorme busto de oro que tenía respuestas para todas las preguntas que se le formulaban. La leyenda, recuperada después por los novelistas románticos franceses del siglo XIX, ha dado a Gerbert una inesperada popularidad entre los amantes de lo sobrenatural.

Pese a ello, Silvestre II condujo su breve papado (999-1003) con suma discreción. Llegó a Roma en el momento de máximo desprestigio de la institución (el *seculum obscurum*), cuando Papas y antipapas se sucedían a voluntad de los patricios romanos. Adoptó el nombre de Silvestre II, para recordar los tiempos del Papa Silvestre I y del emperador Constantino, al que Otón III consideraba su modelo. Gerbert había llegado a ser Arzobispo de Reims sustituyendo a un predecesor poco digno depuesto sin consentimiento papal, y, para defender su propia posición, atacó los derechos papales de intromisión en las iglesias locales. Gerbert sostenía entonces que la Iglesia universal se compone del conjunto de las Iglesias locales y que todos los obispos participan en los poderes de Pedro, según una concepción colegial del papado que, para convertirse en doctrina oficial de la Iglesia, tendrá que esperar hasta el Concilio Vaticano II en 1965. Pero esta hostilidad hacia las reivindicaciones papales desapareció un a vez que fue nombrado Papa y comenzó a defender con total energía los derechos de la Sede Apostólica.

Notable estilista y brillante orador, Gerberto coronó al primer rey de Hungría, erigió varios arzobispados, entre ellos el de Cracovia –la que sería diócesis de uno de sus sucesores, Karol Wojtyła-, y concedió autonomía a la Iglesia polaca. Pero los romanos se amotinaron y, en febrero del año 1001, obligaron al emperador y a su protegido, el Papa, a abandonar la ciudad. La sublevación habría sido aplastada a sangre y fuego, pero el emperador murió al año siguiente, cuando contaba tan sólo con veintidós años y, un año después, moría también el Papa Silvestre II, el 12 de mayo del año 1003.

Del Papa del año 1000 al del año 2000

La leyenda del Papa mago tomó cuerpo inmediatamente después de su muerte. Los historiadores aseguran que su rápida difusión se debió al clima misterioso y apocalíptico del año 1000, caracterizado precisamente por una lectura pesimista y arbitraria del Apocalipsis y del fin del mundo.

Sólo dos papas han tenido el privilegio de cruzar el umbral de un milenio. De ahí que sus pontificados se hayan visto teñidos de ciertas dosis inevitables de milenarismo. Del primer Papa francés al primer Papa eslavo. Del Papa del año 1000 al Papa del año 2000. Dos grandes figuras que dominaron la historia de sus respectivas épocas. Con grandes coincidencias entre ambos. Gerberto, como Juan Pablo II, fue un Papa puritano y enemigo encarnizado de curas amancebados y simoníacos. También como Juan Pablo II, que propició el derrumbamiento del corroído comunismo polaco, Silvestre II batalló en defensa de los derechos políticos de la Iglesia frente a los poderes laicos.

En una época en la que la teología era la única ciencia aceptada, Silvestre II cultivó las ciencias humanas. Más aún, al Papa Silvestre II le debe la cristiandad latina su expansión hacia el Oriente, hasta el Vístula y el Danubio. Juan Pablo II pasará sin duda a la historia por su esfuerzo evangelizador, que le lleva a recorrer el planeta. Su parroquia es el mundo, y su púlpito, los medios masivos de comunicación.

Los dos papas de los dos milenios se parecen también en su afán por reformar la Iglesia y la sociedad. Silvestre II trata con todas sus fuerzas de reconducir la sociedad fragmentada del primer milenio y principios del segundo hacia las fuentes de la salvación, hacia la época ideal e idealizada del primer emperador cristiano, Constantino, y de su contemporáneo, el Papa Silvestre I.

A pesar de lo mucho que han cambiado las ideas humanas en sólo 1000 años, Silvestre y Juan Pablo, ambos segundos, siguen dándose la mano. Y es que las coincidencias entre ambos papas son muchas, tal como puso de manifiesto el propio Juan Pablo II, en una carta enviada al obispo de Saint Flour (Francia), con motivo del milenio de la elección al papado de Silvestre II, el 2 de abril del año 999. La carta del Papa Wojtyła comienza alabando la figura de su predecesor: “El monje Gerberto, hombre notable, brilló singularmente en su siglo. La amplitud de su conocimiento, sus cualidades pedagógicas, su erudición sin par, su rectitud moral y su sentido espiritual lo convirtieron en un auténtico maestro. Los emperadores y los papas recurrieron a él. Gerberto, humanista sabio y filósofo erudito, verdadero promotor de la cultura, puso su inteligencia al servicio del hombre. Formó su mente y su corazón buscando siempre la verdad, mediante la lectura de obras profanas y la meditación de la escritura. Todo le interesaba; si ignoraba, aprendía; si sabía, transmitía”.

Y siguen los elogios del Papa Wojtyła a su predecesor: “Como pastor auténtico, defendió los intereses de la Iglesia, luchó contra la simonía y protegió los monasterios de las diferentes tentativas de invasión. Como hombre de unidad y paz, sabía reprender paternalmente a los que se alejaban del bien, denunciaba los abusos y perdonaba, llegando incluso a retirarse con tal de no poner en peligro la unidad (...). A su modo, Gerberto fue un reformador, y la conciencia que tenía de su ministerio lo impulsó a ser un Papa con espíritu misionero...”

“Por eso –concluye Juan Pablo II-, la acción pastoral de Gerberto, y no sólo la de su pontificado, relativamente corto, impresiona por su multiplicidad y actualidad. Puede apreciarse a través de su servicio en las actividades de la Iglesia, sus esfuerzos de renovación, su solicitud por la comunión y su sentido del diálogo... Que la figura de Gerberto, el primer Papa francés, nos ilumine a todos en el servicio a la Iglesia”.

El Papa doliente. El peregrino cansado

El 14 de septiembre de 1994, varios cardenales de la Curia fueron despertados en plena noche. Al teléfono, una voz entristecida les anunciaba que el Papa había muerto. A la mañana siguiente se celebró en la Basílica de San Pedro una misa de difuntos por la muerte de Juan Pablo II. El canónigo celebrante se preparaba para la misa diaria en el altar de San Pío X cuando un monseñor muy azorado se le acercó para cuchichearle al oído: “el Papa acaba de fallecer”. El canónigo se cambió los ornamentos litúrgicos, adoptando los de difuntos, y explicó a los fieles: “Tengo que comunicar una tristísima noticia. El Papa acaba de morir. Celebraremos la misa de difuntos por el descanso de su alma”.

La noticia corrió como un reguero de pólvora por el templo. Inmediatamente alguien avisó al cardenal arcipreste de la Basílica, Virgilio Noé, que al instante se puso en comunicación con el secretario de Estado, cardenal Angelo Sodano. “El Papa goza de excelente salud –replicó, sorprendido, Sodano-. ¡Cardenal Noé, no permita estas bromas de mal gusto!” El pobre cardenal liturgista corrió al altar de San Pío X y comunicó personalmente a los fieles que “todo había sido un desgraciado malentendido”, rezó con los fieles, y terminó con la aclamación ritual “*ad multos annos*”.

Los rumores sobre la muerte del Papa se repitieron a mediados del mes de febrero de 1999, cuando un periódico español lanzó la noticia de la muerte del Papa Wojtyła. Y ni siquiera el hecho de que a la misma hora en que circulaba el rumor Juan Pablo II estuviera celebrando la misa para los enfermos en la basílica de San Pedro acalló las especulaciones. Fue necesario que el portavoz Vaticano, Joaquín Navarro Valls, precisara el programa de viajes previstos para los siguientes meses para que el macabro tambor dejase de sonar.

En varias ocasiones el Vaticano ha acallado las voces de muerte, pero no los rumores sobre el precario estado de salud del Papa. En Roma suele decirse que ningún Papa está gravemente enfermo hasta el día después de haber fallecido. El mito del superpapa sosteniendo al mundo sobre sus hombros, cual nuevo Atlas, siguió funcionando incluso cuando los síntomas de debilidad, de dolor y de cansancio eran evidentes en Juan Pablo II. Tanto es así que el corresponsal religioso del periódico español *Diario 16*, el jesuita Pedro Miguel Lamet, fue obligado a dejar de escribir de temas religiosos por haber publicado un reportaje en el que aseguraba que el Papa tenía cáncer. A los pocos días su provincial, Melecio Agúndez, le dio a leer dos cartas. En una el secretario de Estado, Angelo Sodano, pedía al superior de los jesuitas que acallara de una vez por todas a Lamet y, en la otra, el general de la orden le obligaba a aceptar la censura previa de sus escritos o a que abandonara la Compañía. Pedro Miguel ofreció al provincial escribir en el periódico de temas que no fuesen eclesiales ante la imposibilidad técnica de una censura por la inmediatez del trabajo periodístico. El provincial aceptó. Han pasado cinco años y Pedro Miguel sigue condenado a no poder escribir nada sobre temas religiosos.

Con represalias o sin ellas, el caso es que al ávido ojo de las cámaras de la televisión no se les puede ocultar casi nada. Desde hace tiempo, los pasos del Papa son casi los de un discapacitado. Ya no puede agacharse a besar la tierra, como hacía cada vez que visitaba un país nuevo; tiene grandes dificultades para sentarse y levantarse y camina con paso lentísimo e inseguro. Ultimamente se le ve el rostro enrojecido y la cabeza caída hacia un lado. Todo ello, unido a los temblores cada vez más grandes de su mano izquierda, los cuales nos dan un cuadro de situación límite.

Es evidente que a Juan Pablo II le cuesta andar, que necesita a menudo apoyarse en el bastón, que se ha encorvado y que, a veces, no puede disimular un rictus de dolor. Es cierto que los años se le han echado encima y, hoy, el Santo Padre es un hombre de aspecto cansado, que parece mucho más viejo de lo que realmente es. La acumulación de datos indica que Juan Pablo II no sólo tiene achaques propios de la edad. Hoy, un hombre de su edad, vigilado tan de cerca por los mejores especialistas, no aparecería tan desmejorado y, sobre todo, con esa continua expresión de dolor en su rostro. Hoy ya nadie duda que al Papa le tiembla la mano izquierda y que, de vez en cuando, sus músculos faciales parecen ponerse rígidos, impidiéndole pronunciar bien algunas palabras.

Y es que por mucho que el Vaticano lo quiera ocultar, hay un aire de fin de época en torno al Papa. Como si la muerte aletease ya junto a su lecho, su magia estuviera agotándose y el mármol en que parecía esculpido comenzara a agrietarse. El Papa polaco está agotado. Y no es para menos. En 1981, el turco Ali Agca le metió en el cuerpo varios proyectiles casi a bocajarro. Desde entonces, nunca fue el mismo. Su salud de roble se tornó quebradiza. Pero el no bajó la guardia ni el ritmo y su maratón pontificio comenzó a pasarle la factura, sobre todo a partir del mes de julio de 1992, fecha en la que los terriblemente célebres médicos italianos de la clínica romana Agostino Gemelli le operaron para extraerle un tumor benigno.

En el célebre Policlínico Gemelli (el Vaticano sufriente), Juan Pablo II fue intervenido en seis ocasiones. Su cuerpo comenzó a hacer agua por todas partes: descalcificación de los huesos, osteoporosis, enfermedad de Parkinson, cáncer e incluso, una infección viral, producto de una transfusión sanguínea. Y en el hospital rompió otro tabú: se dejó fotografiar en su cama, con el desodorante y la botella de agua mineral en la mesa de noche. Por primera vez, los fieles pudieron contemplar a un Papa en pijama, "un hombre como todos, que sufre y duerme y necesita de los cuidados de los médicos y enfermeros", como dijo el propio Juan Pablo II, al verse con sus compañeros enfermos del Gemelli.

Sus predecesores Juan XXIII y Pablo VI, cuando tuvieron que ser operados, trasladaron al Vaticano toda una sala de cirugía. Nada se supo del contenido de aquellas operaciones. Sólo cuando operaron de próstata tumoral a Pablo VI se dio a conocer la finalidad de la intervención quirúrgica. Pero sin una sola fotografía, sin un solo detalle que pudiera rebajar el carácter sagrado de su persona. Juan Pablo II, en cambio, anunció al mundo, desde la ventana de la plaza de San Pedro, que iba a ser operado. La figura sagrada, distante, celestial y hierática del Papa, se revelaba al

mundo "como un hombre más". Nadie ha hecho tanto por desacralizar la figura del Papa como Juan Pablo II. En sus viajes le hemos visto sudar, bostezar o dormirse de cansancio durante las largas ceremonias. Durante sus escapadas a las montañas nevadas le hemos visto esquiar, comer un bocadillo o nadar en su piscina de Castengandolfo. Un Papa cercano al hombre, devuelto a la condición común de todos los mortales.

Un Papa tan hombre que, como consecuencia de sus males físicos, se vino abajo psicológicamente. Según Corrado Manni, uno de sus médicos de cabecera, "el Papa está mal psicológicamente. No está ni loco ni senil, pero en mi opinión, está mal psicológicamente". A juicio del doctor italiano, el atentado de la plaza de San Pedro dejó profundas secuelas en su persona, al tener que asumir que alguien era capaz de disparar contra un hombre como él, defensor acérrimo de la paz. Por otra parte, el papa Wojtyla siempre se consideró a sí mismo como el Papa peregrino, y el no poder seguir viajando como antes le sume en el desánimo y a veces en la depresión. "El Papa sufre sobre todo por no poder afianzarse en sus piernas. Para este viajero que necesita respirar el mundo, este sentimiento de inseguridad es una fuente de frustración terrible. Su único consuelo es ver a las multitudes a su alrededor", confiesa un cardenal de la Curia.

En 1978, cuando fue elegido Sumo Pontífice de la Iglesia, Karol Wojtyla tenía 58 años y era un hombre plétorico de energía. Antes de ser arzobispo de Cracovia había sido obrero industrial, actor, lingüista y filósofo. Irrumpió en el Vaticano como una fuerza de la naturaleza, obsesionado física y psicológicamente con poner en pie una Iglesia fuerte, que resistiese "a las asechanzas del enemigo". Durante sus primeros años en la Sede de San Pedro imprimió un ritmo vertiginoso a su pontificado. Quería y conseguía estar en toda parte. Comenzaron a llamarle el Papa besa-aeropuertos.

Recorrió más kilómetros que todos sus antecesores. Publicó más encíclicas que nadie. Elevó más santos a los altares que todos sus predecesores juntos. Convirtió el Vaticano en el corazón de la diplomacia mundial. Y hasta consiguió derribar el telón de acero y el Muro de Berlín, lo que hizo que los católicos conservadores comenzaran a saludarle como el vencedor del comunismo.

Luego se supo que su actividad deportiva (mandó construir una piscina, esquibaba y hacía excursionismo), poco frecuente en un Papa, venía exigida por una mononucleosis (enfermedad de la sangre) que padecía desde 1961 y de la que no se sabe muy bien hasta qué punto logró curarse, ya que recayó en la primavera de 1963. La salud del Papa parece que fue normal en las primeras fases de su vida. Pero en 1944 permaneció hospitalizado tres días porque un camión militar le golpeó. A lo que hay que añadir el atentado, la operación de colon con células precancerígenas, la prótesis en la cadera y las sucesivas caídas. Genéticamente, tampoco está muy protegido que digamos. Su madre murió de miocarditis-nefritis a los 45 años, cuando él tenía nueve. Su hermano mayor murió a los veintiséis, de una escarlatina epidémica. Tuvo también una hermana que murió de niña. Su padre murió de una enfermedad, no consta cual, a los 61 años.

Ahora que el atleta de Dios está cansado, surgen múltiples interpretaciones sobre esta fase otoñal, como balance y de recogimiento que afecta también al funcionamiento administrativo del Vaticano, de su papado. Hay quien dice que el destino le ha reservado la misión de simbolizar, como un personaje extraído del libro de los Salmos, el sufrimiento que la vida comporta y, por lo mismo, el dolor de vivir. Y es que al Papa llegado del Este no le han sido ahorrados los sufrimientos ni las enfermedades de la carne, que revelan la fragilidad de todo ser viviente, amenazado por el sufrimiento que, como dicen los Salmos, "la vida comporta para todos".

En este sentido, el mal que desde hace años atormenta al Papa es el mismo mal que asedia a todo hombre, confirmando así su fragilidad. Se trata del sufrimiento del cuerpo, que recuerda la caducidad de la existencia y la constante amenaza de la muerte. Incluso quien se coloca en el vértice de la perfección espiritual no puede sustraerse a la miseria del cuerpo, a la experiencia de la enfermedad. Esto explica que, en esta última etapa de su vida, la gente quiera al Papa más que nunca. Los fieles católicos adoran al Papa débil y enfermo que arrastra la cruz de su dolor por el mundo. Y los propios laicos se sienten tocados por la imagen de un Papa que afronta, agotado y

tembloroso, una enésima prueba, obligado a sobrellevar en su persona la humillación de un mal físico que no concede tregua y que degrada.

El sucesor de Pedro, a pesar del esplendor de un pontificado triunfante, está de hecho obligado a padecer la sujeción al mal, tan inevitable como la respiración, que iguala al Vicario de Cristo con los hombres más miserables. De este modo, el mal se revela como la condición inevitable de la existencia humana. Es muy posible que el Papa, espiritualmente, logre cambiar su propio dolor en alegría, ofreciéndoselo al Señor. Pero lo que se percibe en primera instancia es la tragedia de un hombre que lucha contra el mal instalado en nuestra tierra, suscitando un sentimiento de piedad hacia el que sufre y hacia el que recorre el camino doloroso del padecimiento, salpicado de "sollozos ardientes" como dice la Escritura.

A estas alturas, el pontificado presenta una fase que trasciende los juicios y las tendencias, los problemas históricos o políticos. Y el papado nos reconduce a un camino común para todos cuantos enfrentan el camino de la vida y, al sufrir, se reconocen el crucificado que cada uno lleva consigo. Probado por más de veinte años de experiencias dolorosas, Juan Pablo II se siente obligado a vivir un verdadero desdoblamiento de su figura entre triunfo y derrota, entre esplendor y humillación, entre majestuosidad del cargo y decadencia de su imagen física. Pero esta dicotomía es la que da un aire trágico a su personalidad ante las masas que se conmueven y siguen con angustia cada uno de sus pasos indecisos. Lo que entiende todo el mundo es que el atleta de Dios está cansado de tanto combate, pero sigue luchando sin rendirse. En su lucha ofrece una lección al mundo: la lección de la esperanza que no se detiene ante el gran sufrimiento de vivir.

La gran fortaleza interior de Juan Pablo II le anima a mantenerse en pie y a trabajar incansablemente por el bien de la Iglesia. Es aquel joven polaco, curtido en la lucha antinazi y la represión comunista, el que sigue saliendo a flote. Aquel obispo que estaba enamorado de la figura de San Estanislao, el obispo mártir de Cracovia. El Papa convencido de que sólo llevando la cruz sobre sus hombros conducirá a la Iglesia hacia el tercer milenio. Frente a los pecados del mundo él desempeña el papel de chivo expiatorio y participa de forma única en la Cruz de Jesucristo y en la economía de la salvación. Y eso que los que están en su entorno no quieren, o no les interesa admitir, que un Papa, además de Papa, es un hombre sin añadidos, con toda la grandeza y la debilidad de este término. Un hombre convencido de su destino y que según algunos vaticanistas, morirá con las sandalias del pescador puestas.

Y es que, frente a las lamentaciones de los partidarios del Papa siempre triunfante, basta abrir el Evangelio de Juan y leer: "Yo te aseguro que cuando eras más joven tu mismo te ceñías el vestido e ibas a donde querías; mas, cuando seas viejo, extenderás los brazos y será otro quien te ceñirá y te conducirá a donde no quieras ir" (Jn 21,18).